

El móvil en la biblioteca: ¿molestia o necesidad?

En condiciones normales, los usuarios conciben el espacio bibliotecario como zona de estudio y de relaciones personales, y muchos de ellos no asocian el uso de los teléfonos móviles con el concepto de molestia. No entienden que las llamadas y conversaciones con el móvil pueden ser motivo de ruptura de la convivencia, especialmente en un espacio público...

Por la tarde, sobre las seis y media, sonó un móvil en la sala de lectura con una música alta, que ante el silencio reinante, más alta pareciera. Subí las escaleras que comunicaban con la sala y el dueño no estaba. Las personas allí presentes me miraron esperando una solución a la muy molesta interrupción de sus actividades. No me pude resistir, y les dije: “Veis por qué os decimos que apaguéis el móvil”. Rápidamente se giraron para seguir estudiando. La verdad es que me hizo gracia, la infantilidad del gesto colectivo.

Y no he dejado de preguntarme qué misteriosa fuerza hace que no puedan resistirse a dejar de usar el teléfono móvil en las bibliotecas o mientras los usuarios se encuentran en situaciones en la que es una auténtica molestia, tanto para sus propias actividades como para el resto de los usuarios que están compartiendo espacio.

Uno de los mayores problemas que nos podemos encontrar los bibliotecarios con los usuarios se deriva del uso de la telefonía móvil dentro de las salas de las bibliotecas. Entendemos la biblioteca como espacio público, espacio de convivencia, espacio para todos y creo que entramos en conflicto con el concepto que tienen los usuarios de dicho espacio.

La telefonía móvil va más allá del concepto de telefonía normal, ya que se ha convertido en un medio de inmediatez, de estímulo y respuesta ante la rapidez de emisión y recepción, de demanda y su satisfacción. Esta rapidez en el mantenimiento de las relaciones personales provoca una gran habilidad social y comunicativa, nuevas conductas sociales, nuevas normas y relaciones interpersonales, estilos de comunicación y lenguajes de expresión.

Nuevas formas de expresión libre y restringida a un determinado grupo, que afianzan su red de

Es un instrumento de aceptación social, si suena mi móvil en un espacio público, puedo ganar interés para el resto de las personas que me rodean; no podemos resistirnos a cierto pavoneo social, aunque no los conozca ni vuelva a verlos en mi vida.

amigos en un espacio privado de comunicación. El teléfono móvil, no es solo móvil, es personal, individual, unido de forma inseparable a la vida cotidiana de las personas, también como usuarios de las zonas de lectura y estudio.

Se sienten identificados con la tecnología. No consideran las tecnologías como una barrera para las comunicaciones interpersonales, ni como algo que puede molestar a los demás ni a sí mismos, ya que todo el mundo las conoce y usa.

Las nuevas tecnologías son una herramienta que les ayuda en su desarrollo personal. Consideran dichas tecnologías como un medio favorecedor de las relaciones sociales a distancia. Es un signo de identidad, está al servicio de la interacción social. Son muy conscientes de las muchas oportunidades que su uso ofrece.

Incluso tener un aparato nuevo con distintos servicios de telefonía simboliza estar al día, representa un estatus de superioridad y no dudan en mostrarlo constantemente. Incluso mostramos una música original que hace volverse a las personas cuando suenan los móviles, y nos da un pequeño placer si a dichas personas les parecen divertidas o notamos que les gusta.

Es un instrumento de aceptación social, si suena mi móvil en un espacio público, puedo ganar interés para el resto de las personas que me rodean; no podemos resistirnos a cierto pavoneo social, aunque no los conozca ni vuelva a verlos en mi vida.

Ser dueño de un dispositivo de este estilo puede suponer un compromiso importante de disponibilidad, ya que es una de las consecuencias más grandes e importantes que tienen los teléfonos móviles ante las personas, una disponibilidad que se supone al cien por cien del tiempo, estemos donde estemos, hagamos lo que hagamos, en clase, en la biblioteca, en un autobús, donde no dudamos en interrumpir cualquier actividad que estemos llevando a cabo, y lo que me parece muy importante, no dudamos en comentar en voz alta cualquier aspecto de nuestras vidas delante de todos los extraños que tengamos cerca.

El que llama no sabe en qué situación se encuentra la persona a la que llama, y a veces no entiende que no le contesten y se pregunta para qué tenemos teléfono móvil, ya que el móvil está para que la persona a la que llamamos nos conteste rápidamente; para eso, se supone, se lleva constantemente encima.



Muchos usuarios no consienten y les molesta mucho que el personal que trabaja en bibliotecas les prohíba el uso del móvil, mientras que en otras ocasiones no les importa que se lo prohíban. Sienten un poder sobre el personal que trabaja en los espacios públicos, sobre todo si están detrás de un mostrador, ya que el concepto que tienen es que esas personas están ahí por y para ellos, y todos los espacios deben estar a su entera disposición, sirvan para lo que sirvan.

Por ejemplo, en época de exámenes la exigencia de espacio disponible está por encima de los derechos de uso del resto de los usuarios; suelen pedir estudiar en zona infantil, hemerotecas, etc.

De nada sirve que un bibliotecario les mire reprobando su actitud, tan solo se conseguiría si el control social lo ejercieran el resto de los usuarios o ante una imposibilidad física, como taquillas en las que se dejan todos los objetos personales, y solo se pudiera entrar en el espacio físico con los materiales de lectura y estudio, o con inhibidores que garantizaran la tranquilidad de uso de la sala a todos los usuarios.

Tampoco pasaría nada; es como si lo apagaran o se quedaran sin batería. Pero se sienten totalmente aislados sin ellos.

En muchas ocasiones no tenemos la sensación de acudir a una biblioteca a leer, por puro gusto personal, como podemos acudir al teatro o al cine, con lo cual no entendemos dicho espacio

En otros espacios privados y de pago se suele apagar el móvil, como puede ocurrir en cines, teatros, conciertos, exposiciones de arte u otras actividades culturales, porque son lugares que requieren todo el interés y concentración de los usuarios.

como un espacio íntimo y de ocio en el que no cabría la molestia del móvil. No nos importa interrumpir nuestra actividad con él, es más, pareciera que algunos se sienten hasta aliviados cuando suena su móvil para levantarse y salir corriendo para contestar la llamada. Miran y eligen a quien contestar y a quien no, lo que conlleva la distracción del resto de los usuarios que están pendientes de lo que van a hacer. Se aburren en las salas.

Todo esto viene considerándose desde un espacio público y gratuito, cosa que los usuarios suelen tener muy en cuenta. En otros espacios privados y de pago se suele apagar el móvil, como puede ocurrir en cines, teatros, conciertos, exposiciones de arte u otras actividades culturales, porque son lugares que requieren todo el interés y concentración de los usuarios en las actividades a las que acuden. Pero ¿por qué no ocurre eso en bibliotecas, donde también se requiere el interés y concentración de los usuarios que acuden a la misma, buscando una tranquilidad y silencio que se supone que no encuentran en sus domicilios? Acuden porque así no les molesta nadie, ni hay televisión, ni teléfono fijo, ni familiares que les puedan molestar en un momento dado, y sin embargo, acuden a las salas de lectura con el teléfono móvil encendido y disponible. Incluso, ellos consideran menos molesto programar sus teléfonos para que vibren en lugar de sonar fuertemente, pero resulta igual de molesto el posterior siseo y carrera para salir de la sala.

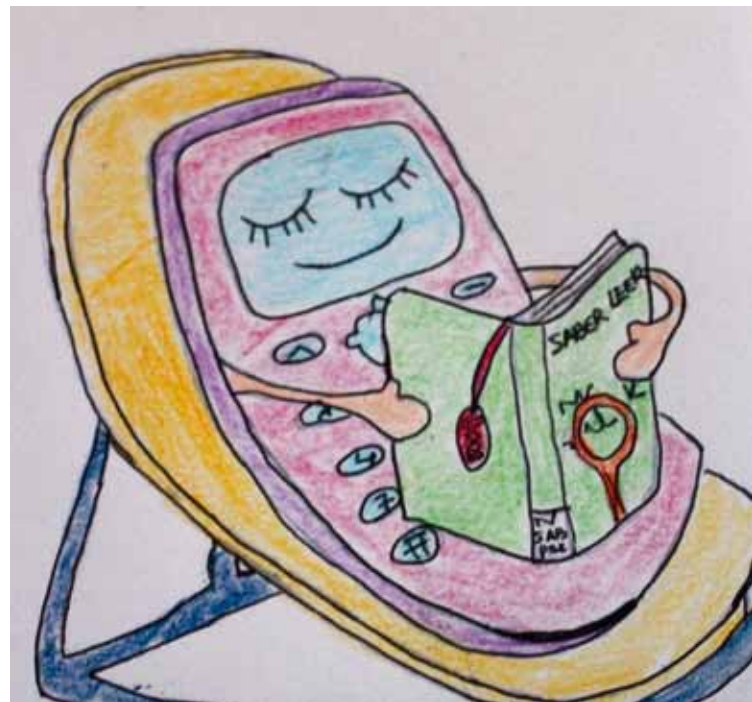
¿Por qué no tienen el concepto de molestia a sí mismos y a los demás en las bibliotecas y sí en otros espacios? Seguramente tiene que ver con el prestigio personal y social: mientras que acudir a un concierto de música clásica o a una exposición de arte conlleva un supuesto prestigio personal, acudir a las bibliotecas no lo tiene. Y, por supuesto, todo esto soporta un componente importante que es el respeto social y personal a las demás personas con las que compartimos dichos espacios.

En primer lugar, el resto de usuarios que se encuentran en un cine, teatro o concierto, llama la atención de forma negativa y feroz al espec-

tador al que le suena el teléfono y no lo hace en bibliotecas. ¿Por qué? ¿Es absolutamente necesario exponerse a una bronca por parte de los demás usuarios para ser conscientes de apagar el móvil?

Normalmente, en las bibliotecas, sobre todo en las públicas, los usuarios usan un espacio de estudio que realmente está destinado a la lectura. Requieren un nivel de silencio para su concentración en el estudio, pero son ellos mismos quienes rompen el silencio con la actitud de no renunciar a una disponibilidad constante. Sin embargo, no dudan ni un instante en regañar a los trabajadores que en un cambio de turno hablan sobre las incidencias del trabajo, solicitando ese silencio que ellos mismos se niegan. ¿Realmente queremos hacer de las bibliotecas espacios en los que los usuarios hagan lo que quieran? ¿O debe primar más el respeto a los demás usuarios? ¿Qué papel pintan los bibliotecarios en estas situaciones?

Es necesaria la prohibición expresa por escrito en los reglamentos de uso, con una consistente normativa aprobada desde la administración, además de que quede expuesta en carteles claros e informativos, y realizar campañas de concienciación, a través de las redes sociales, por ejemplo. No deja de ser un pulso entre usuarios y personal que trabaja allí, que se encuentra, a veces, con situaciones muy desagradables, que se solucionarían con un reglamento escrito y público. Y una vez que existe una norma, que se aplique, y que no duelan prendas en avisar e invitar amablemente a abandonar la sala a las personas que no la sigan, de la misma forma que se avisan otros comportamientos relativos a la convivencia en bibliotecas, como pueda ser una persona voceando o molestando al resto de los usuarios en otros términos. Tal vez la solución sea la creación de distintos tipos de espacios, unos en silencio para leer, y otros en los que se permita el uso del móvil, pero no veo que se haya llevado a cabo en otros espacios en los que es necesario mantener la atención, por ejemplo, en un concierto de música clásica: no hay un espacio para quien acuda y quiera tener su teléfono encendido, el espacio es único. En los reglamentos de algunas bibliotecas se comienza



a permitir el uso de los móviles en la modalidad de silencio, considerando que se molesta menos, y sí que es cierta una menor molestia, pero molestia al fin y al cabo, ya que no veo la diferencia entre un sonido de un móvil saleroso y el zumbido y posterior carrera del usuario de turno: ¡Espera que estoy en la biblioteca!, eso sí, con un tono bajito pero que se oye en toda la sala. No solamente molestan al resto de los usuarios, sino también al personal que trabaja en las bibliotecas.

Hemos de tener muy claro qué es prioritario para el uso correcto de las salas. No se trata de prohibir por prohibir, sino de colocar en una balanza el derecho a una tranquilidad en la sala y el derecho a estar comunicados o entretenidos constantemente. Debemos buscar la complicidad de otros usuarios que no estén de acuerdo con el uso de móviles en espacios públicos. Debemos convencer más que prohibir.

Avisa en tu buzón de voz: “¡Hola, soy fulanita... estoy estudiando/leyendo en la biblioteca... Por favor, deja tu mensaje y te llamo en cuanto termine!”. ■